

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

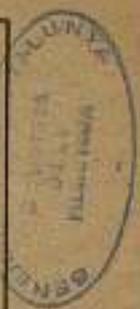
La Novela Semanal Cinematográfica



Cenizas de odio

por
Norma Talmadge
y
Conway Tearle
50 cts.

LUYD, Frank



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

TRIBUTOS FRANCISCO-MARCO BERTAGOS

Gran Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telefons 4423 A.

CENIZAS DE ODIO

CASHES OF VENGEANCE, 1923

Comedia dramática de época

interpretada por los siguientes artistas

- Roberto de Vissac . . . Conway Tearle
- Yolanda Norma Talmadge
- Duque de Tours . . . Wallace Beery

etc.

2 SETS + FRANCISCO

Producción: FIRST NATIONAL

Selección GAUMONT

"DIAMANTE AZUL"



Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

CENIZAS DE ODIO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Moría el brillante siglo XVI, y en París, en las Tullerías, triunfaba la gracia ceremoniosa del minué.

Por aquellos días, las luchas religiosas estaban en su apogeo. Católicos y protestantes defendían, sin cesar, sus ideales respectivos.

Era conocida de todos como hugonote, Margarita Mignon, una mujer frívola y coqueta, que no merecía sin duda el amor que por ella sentía Roberto de Vrissac, otro hugonote, famoso en la Corte, tanto por las audacias de su tizona, como por la intachable caballerosidad de su conducta.

Uno de los más influyentes nobles de la Corte, el conde Carlos de la Roche, odiaba a muerte todo lo que de cerca o de lejos tocase a algún Vrissac; a causa de una de esas antiguas querrelas de familias, que se van envenenando al correr de los años.

*Prohibida la
reproducción
devisado por
la censura*

No ignoraba Margarita que si el Conde odiaba con toda el alma a su prometido, sin que directamente tuvieran nada que reprocharse, Roberto le pagaba en la misma moneda.

Sin embargo, Margarita preguntó, aquella noche, a su novio; si conocía el carácter del Conde, curiosa de saber si el odio de Roberto era tan inmenso como se echaba de ver en sus miradas cuando, alguna vez, se cruzaban con las del aludido noble.

Pero Roberto, que no confundía la herencia de odio con la maledicencia, contestó a su novia:

—El señor conde de La Roche es, al decir de sus amigos, un perfecto caballero.

Y Margarita sonrió...

Aquella noche, terminado el minuto, el Conde, que ardía en el vehemente deseo de provocar a Roberto, por la aversión que hacia él sentía y que pasó de generación en generación de su árbol genealógico, habló estas palabras con su acompañante:

—Voy a ofenderle a él por medio de su amada. Nada herirá tanto su orgullo como el que yo me burle de su coqueta novia, fingiendo que le hago el amor.

En efecto; a poco, el Conde conseguía aislarse con la frívola Margarita y, en un saloncito, re-

citóle tiernos elogios a su hermosura, que cayeron favorablemente en el ánimo de ella.

Roberto, enterado por la madre de Margarita, que comprendió, acaso, el juego del Conde, de que la joven se había alejado con el noble hacía un apartado aposento, fué a buscar a su novia, y la sorprendió en actitud poco tranquilizadora, que buen cuidado tuvo el Conde de fingir una declaración apasionada, muy junto a la coqueta, cuando advirtió distintamente los pasos de su odiado enemigo.

Los dos hombres se retaron con la mirada, y Roberto, altivo y sereno, pronunció:

—Señor Conde, en la posada del Sol, dentro de media hora, estaré a vuestra disposición.

Margarita, arrepentida de lo ocurrido, temía por la vida de su prometido, y trató de suspender el lance; pero fué inútil cuanto hizo en tal sentido, ya que el ofendido no perdonaría sino con la punta de su espada al ofensor.

De modo que, media hora después, en la posada del Sol, los dos enemigos iban, al fin, a cruzar sus aceros, a muerte.

Roberto esperaba al noble en una habitación alta, acompañado únicamente de su fidelísimo criado, Andrés, que había servido a buena parte de la familia.

El Conde no se hizo de esperar, y comenzó el duelo.

Los dos adversarios eran excelentes tiradores de espada, y el final del lance era harto difícil de anticipar. Si el uno esquivaba con maestría los cetteros golpes del contrincante, el otro asombraba a los presentes con su habilidad en engañar a su rival.

Tras de una lucha enconada, en que los aceros iban rectos al corazón de los duelistas, Roberto logró desarmar impetuosamente al Conde, y fue tal su acometividad, que su enemigo, al echarse atrás para salvar su cuerpo de la inminente estocada, cayóse de espaldas, quedando a merced de su adversario.

Roberto contempló con piedad al caído, y cuando todos creían que su espada iba a dar cuenta de la vida del Conde, dijo a éste, indicándole que el lance había terminado:

—Ha llegado el momento más dichoso de mi existencia, señor Conde, porque voy a hacerlos el gran favor de perdonaros la vida... De ahora en adelante debéis recordar siempre que si vivís, me lo debéis a mí.

El Conde se sublevó ante aquellas palabras, y contestó:

—¡No acepto vuestro perdón! ¡Nuestra que-

rella ha de quedar zanjada ahora mismo y sin salir de esta habitación!

Roberto negóse a complacerle, gozándose en lo violento que era para el Conde el saber que debía su vida a su odiado enemigo; y entonces el noble, para provocar la continuación del duelo, le abofeteó furiosamente.

Vano empeño el suyo, Roberto prefirió esta muestra de ira del Conde a darle muerte y terminar de una vez con el odio heredado de sus ascendientes. La humillación que le hacía al ilustre aristócrata perdonándole la vida, era mejor venganza que la misma muerte.

La conducta de Roberto extrañaba sobremedura a todos. El caso, en verdad, era peregrino.

El Conde trató aún de provocar a Roberto, mas éste, resuelto a dejar las cosas tal como estaban en aquellos momentos, se limitó a decirle en definitiva:

—El ver vuestro disgusto me obliga a insistir. Es inútil cuanto hagáis. Repito que *os perdono la vida*.

El acompañante del Conde, en vista de la inquebrantable decisión de Roberto, convenció a su amigo de que debían marcharse, y cuando estuvieron en la escalerilla de las habitaciones altas, frente a los caballeros que, al corriente del duelo, estaban en la planta baja esperando el resultado,

Roberto, presentándoles al Conde, para mayor humillación, les dirigió la palabra en los siguientes términos:



—El ser vuestro disgusto me obliga a insistir. Es inútil cuanto digáis. Repito que os perdono la vida.

—¡He aquí, señores, al ilustre conde de la Roche, el cual sale por su pie de esta posada, porque yo, su enemigo, he preferido perdonarle la vida a matarlo!



—¡He aquí, señores, al ilustre conde de La Roche, el cual sale por su pie de esta posada, porque yo, su enemigo, he preferido perdonarle la vida a matarlo!

Los oyentes celebraron con risas la explicación de Roberto, y la insospechada y degradante lección que le acababa de dar su enemigo, acreció en el pecho del Conde el odio a los Vrissac.

Unas horas más tarde, la ciudad se teñía en sangre.

Era aquella la trágica noche de San Bartolomé, en la que las turbas, enloquecidas, confiaban a la espada, al mosqueo o al puñal la misión de convencer al adversario.

En aquella tristemente célebre noche, no se

respetaba ni el santuario del hogar, y las casas de los hugonotes eran asaltadas por la plebe.

Todavía Roberto de Vrissac no había abandonado la posada del Sol, y el Conde, escoltado por numerosos soldados, fué en su busca, después de dejar en la puerta de la casa de Margarita Mignon un piquete de gente armada, para contener al pueblo que quería asaltarla por vivir en ella hugonotes.

Los dos rivales se enfrentaron de nuevo, esta vez para hacer pagar el Conde a Roberto la humillación que le había hecho poco antes.

—Dejad en paz vuestra espada, señor de Vrissac. Vengo a deciros solamente que, si queréis salvar la vida de vuestra prometida, debéis obedecer mis órdenes.

Roberto, que no hacía mucho se enterara de la matanza de los hugonotes por orden de la Regente de Francia, comprendió la gravedad de la situación; y por el amor de Margarita estaba dispuesto a doblegar su orgullo ante el Conde.

—¿Qué debo hacer?—preguntó.

—Seguidme. Yo os conduciré a su casa, con mi gente.

—Vámos, pues.

—Esperad... Para ir por las calles sin peligro, tened la amabilidad de dejaros poner esta divisa y olvidar que sois hugonote.

Ofrecióle un brazal blanco con una doble cruz en el centro.



—Esperad. Para ir por las calles sin peligro, tened la amabilidad de dejaros poner esta divisa y olvidar que sois hugonote.

Roberto rechazó la insignia de los católicos, con cuyos ideales estaba desconforme, pero el Conde le obligó a ello recordándole que la vida de Mignon corría grave peligro.



Los dos rivales recorrieron las calles de París tintas en sangre de inocentes...

Los dos rivales recorrieron las calles de París tintas en sangre de inocentes y ofreciendo el inenarrable espectáculo de numerosos cuerpos destrozados aquí y allá, algunos pendientes de balcones y ventanas, revelando su completa desnudez, que fueron sorprendidos en el lecho, sin darles tiempo a defenderse.

Ancianos, mujeres, niños, todo formaba un amalgama de carne roja.

Roberto pensaba en Margarita, y le parecían siglos las minutos.

Ya con ella, Margarita se echó en sus brazos, y, amedrentada, convencida de que el pueblo, amotinado frente a su casa, iba a entrar a la fuerza para hacer con ella, su madre y la servidumbre hugonote lo que harían con todos los que no comulgaban en la misma opinión de la Regente, suplicóle:

—¡Salvadme, Roberto, salvadme! ¡Mi fortuna, mi vida están en peligro inminente!

—¡Sí, Margarita! ¡Haré por vos cuanto de mí dependa!

El Conde se sonreía. El momento del desquite no había tardado en presentarse. Acercóse a Roberto, y así le habló:

—Hace unas horas me hicisteis el honor de perdonarme la vida... No quiero ser menos, señor de Vrissac, y voy a daros en cambio dos por una: vuestra vida y la de vuestra prometida.

Margarita dió un suspiro de satisfacción. En realidad, el Conde se portaba como un perfecto caballero.

Pero...

—Sin embargo—prosiguió el noble—, yo no me siento tan generoso como vos e impongo una condición: deseo que seáis mi criado y servidor durante cinco años.

De ningún modo podía aceptar semejante escarnio el hidalgo Roberto. ¡Antes la muerte!

El Conde sabía que tenía ganada la partida, y sus razones se resumían en Margarita. No se equivocó, pues la coqueta, espantada por la visión de la muerte, suplicó a Roberto que pasase por todo por ella.

—¡Roberto, aceptad!... ¡Si mi amor significa algo para vos, aceptad!

Roberto, luchando con dos sentimientos opuestos, se resistía a declarar vencedor al del amor.

El Conde, aparentando indiferencia, continuó, cual astuto forjador templando el hierro rebelde en el yunque:

—Si os negáis, nada hay perdido. Retiraré la guardia que he puesto en la puerta, y dejaré abandonada a la multitud esta casa de hugonotes.

Era temerario aceptar esto último. Más que temerario. La muerte misma, sin remisión. Y obligado por las circunstancias, Roberto hizo el sacrificio de su orgullo en el altar del amor.

—Acepto vuestra condición, señor Conde.

El noble ocultó una sonrisa de triunfo, y ordenó a su gente:

—Acompañad a estas señoras al arsenal y dejadlas en seguridad en la sala de guardia del Gobernador.

Roberto y Margarita se separaron con intensa amargura.

Roberto no pudo hablar. El sacrificio que aca-

baba de imponerse era superior a sus fuerzas. Su cerebro, exaltado por la renuncia a su personalidad, se resistía a encerrarse en el oscuro recinto de un esclavo.



Si os negáis, nada hay perdido. Retiraré la guardia que he puesto en la puerta...

Pero había de ser: Margarita viviría. Y él amaba a Margarita.

El Conde le arrancó pronto a sus pensamientos

—Ahora, señor, un Vriisse será criado de un La Roche. Entregadme la espada y juradme por vuestro honor fidelidad absoluta.

Con el corazón ruto, Roberto renunció a su amada espada, contuvo un gesto de violencia al ver como el Conde la partía en su rodilla; y pronunció con fe de caballero:

—Juro que defenderé siempre la vida y la honra del conde de La Roche y de los miembros de su familia.

* * *

Después de tres días de viaje, el conde de La Roche, acompañado de sus tropas mercenarias, se acercaba a su castillo señorial.

En el magnífico palacio veía correr los días con inalterable monotonía, una danita unible, linda e ingeniosa, que tenía el nombre romántico de Yolanda y era hermana del conde de La Roche.

Todo el cariño de que Yolanda era capaz, lo ponía en su hermanita pequeña, Clara, que, atacada de parálisis infantil, veíase forzada a la quietud a esa edad en que los demás niños saltan y corren.

Atado a la argolla de un muro exterior del castillo había un lobo capturado por los servidores del Conde. El primer intento del noble había sido darle muerte; pero por la vanidad de martirizar a un enemigo terrible como ese animal, lo mandó atar cerca de la entrada de su señorial casa. Además, ello le servía de adorno y de emblema. Quería

significar que los La Roche, lo mismo castigaban a un cordero que al más furioso lobo.

Roberto contempló unos instantes la peligrosa bestia atada con cadenas, y como ella, sentíase debilitar en la humillante esclavitud. Pero no dejaba traslucir su horrible lucha interior.

Yolanda experimentaba viva alegría al estrechar de nuevo en sus brazos, sano y salvo, a su hermano; y al ver a Roberto, que aunque vestido de criado, sin espada al cinto, no podía negar su origen caballeresco, preguntó al Conde quién era.

El noble sonrió por lo bajo a su hermana, y repuso quedamente:

—Es mi nuevo servidor. Se llama Roberto de Vrissac.

—¡Roberto de Vrissac! ¡Un Vrissac criado vuestro!

—Sí. Parece inverosímil, ¿verdad?

Roberto permanecía de pie a corta distancia de sus enemigos convertidos en sus señores.

Yolanda le miró a hurtadillas y su pecho se dilató en un profundo suspiro de satisfacción. La herencia de odio se manifestaba en ella del mismo modo y con la misma fuerza que en su hermano.

En verdad, parecía imposible que una dama tan linda, tan delicada, tan llena de bondad como Yolanda, pudiese caer en la absurda creencia de

que los sentimientos, buenos o malos, de sus mayores, debían tener una continuación en ella.



—Es mi nuevo servidor. Se llama Roberto de Frissac.

Roberto, mucho más humillado con su servilismo delante de una dama, se esforzaba en contener su violencia, y su vista perdíase en lo infinito a través de las tinieblas de su amargura.

Yolanda, sin saber cómo había logrado el Conde vengarse de tal modo en un Frissac de las cuerdas pendientes que tenían los de este apellido con los La Roche, pues el noble guardóse de referir a su hermana lo que había ocurrido, no le quitaba ojo a Roberto, y sentía aumentar en ella el deseo de humillarle sin tregua.

El Conde presentó a su hermana a Roberto.

—Es mi hermana, la señorita Yolanda. La obedeceréis en todo como a mí mismo.

El criado se inclinó ante ella, con respeto y sumisión, correspondiéndole Yolanda con un gesto de soberbia.

Llegaron días de servidumbre para Roberto, en los que el conde de La Roche sentía el placer poco noble de humillar más y más a su enemigo.

Un día, el lobo encadenado en el parque del castillo, rompió su yugo, y en su afán de desquitarse de lo sufrido, arremetió contra Clara, la pobecita niña parálitica, que estaba platicando con Yolanda.

La hermana mayor, a la vista del lobo, hizose atrás presa del mayor espanto, y Clara, aterrada por el miedo y la impotencia de ponerse en salvo, veía va en sus carnes las fauces de la fiera, cuando Roberto, que había presenciado la terrible escena,

en un magnífico ejemplo de arrojo y fidelidad a sus señores, arriesgóse a salir al paso del lobo para impedirle que llegase hasta la niña.

La fiera, que no preveía la intrusión de nadie en su pretensión de hincar sus molares en la tierna carne de la niña, arremetió furiosamente contra Roberto, y hombre y fiera lucharon como dos fieras.

El heroísmo de Roberto fué presenciado por numerosa servidumbre, y por Yolanda y Clara, todas con la mayor emoción pintada en sus rostros.

La bestia, enajenada por los certeros golpes de Roberto, resoplaba de coraje, dispuesta a hacer pagar cara a su enemigo su osadía. Pero Roberto fué el más hábil de los dos, y el lobo expiró a sus manos de un certero golpe de cachillo en el cuello.

Yolanda, admirada del arrojo de Roberto, gracias al cual debía la vida su hermanita Clara, ansiaba felicitarle cordialmente, al igual que la niña, que floraba de alegría.

El Conde, enterado de lo ocurrido, apresuróse, con sincera emoción, a manifestar su gratitud a Roberto, murmurando frases de encomio a su bravura.

Roberto esquivaba las alabanzas de su enemigo, y cuando Yolanda, húmedos sus ojos por la satisfacción que le producía la victoria del caballeroso criado, se le acercó y se interesó por las heridas

que había recibido durante la lucha feroz con el lobo, le dijo, friamente:

—Espero que no me compadezcáis demasiado, señorita Yolanda. El lema de mi escudo, dice: "Lo que los Vrissac deben, los Vrissac lo pagarán."

Y Roberto trató de alejarse del jardín, para curar sus sangrientas heridas; pero Clara le llamó a su lado, y él no pudo resistirse a obedecerla. Eran muy buenos amigos. La pequeña parecía comprender el dolor profundo del criado sin aspecto de tal, y siempre que le tenía a su vera mostrábase complacida, y le trataba con su dulce ingenuidad y simpatía.

—Muchas gracias, señor de Vrissac— le dijo la niña.

Roberto se había arrodillado a la cabecera de la paralítica, y besó su manecita con verdadero cariño. Ella era para él el único consuelo en su existencia de humillación.

—Sois muy valeroso— prosiguió Clara.

—No merezco vuestros elogios, señorita... porque yo no soy más que un criado, y los criados deben dar, si es preciso, su vida por sus señores.

Al pronunciar estas palabras Roberto miraba furtivamente a Yolanda. Le interesaba que las oyese, que supiese que él no se consideraba más que un criado... para hacerle comprender que sólo

porque era un criado podía tolerar las humillaciones que de continuo, el noble y ella, le infringían sin piedad.

Yolanda contestábase a sí misma en aquellos momentos, que no siempre sacaba una agradable consecuencia con sus humillaciones a Roberto, y se preguntaba, no sin turbación, si el Destino había querido poner en su camino a un hombre que, a pesar de tener que ser odiado, no dejaba de ser digno de no serlo...

Y las miradas de Roberto se cruzaron, alguna vez, con las de Yolanda...

Continuaba la carrera de los días.

Sentía Yolanda que el respeto y la simpatía la ganaban cuando se dirigía a Roberto, y para contrarrestar aquello que ella juzgaba una debilidad, no se le ocurría cosa mejor que hacer sentir al "cautivo" una nueva humillación.

Desde que Clara fué salvada de una muerte más que segura por él, Roberto sentíase ligado, como ella a él, por un sentimiento que partía de la parte más sensible de su alma.

Todos los días, por saber que ello gustaba a la niña, le regalaba ramos de flores que cortaba

para ella en el jardín, escogiendo las mejores, y se entretenía a su lado contándole cuentos, para romper en la medida de lo posible la monotonía en que vivía la infeliz criatura.

Uno de tales días, Yolanda sorprendió a Roberto en su generosa y voluntaria misión, y gozándose en el azoramiento que vió en él al encontrarla a ella junto a su hermanita, le dijo, imperativa:

—¿Quién os ordenó traer flores para la señorita Clara?

—Señorita... No sabía que ello pudiese molestaros... Fui yo mismo...

—¿Llévanslas!

Roberto iba a obedecer, mal de su grado; pero Clara se opuso a que partiese con las flores o sin ellas.

—No os marchéis, señor... Yo os quiero a mi lado. ¿Verdad que no queréis que yo esté triste, hermana?

Yolanda, por amar a Clara, hubo de acceder, pero sin que depusiera su arrogante actitud con Roberto, a quien dijo:

—Bien: entregáselas por esta vez, pero en adelante procurad no hacer más que lo que se os ordene.

Y Roberto y Clara, felices porque se les dejaba en paz con sus cosillas, se sonrieron, como

celebrando mutuamente, y por igual, el haber vencido a Yolanda.

A poco, Yolanda vió llegar al castillo a numerosos jinetes, al frente de los cuales iba el vizconde Luis de La Roche, tío suyo y cabeza nominal de la familia. La ocasión de separar a Roberto de su hermanita Clara se le presentaba muy propicia con la llegada de su tío.

Llegan invitados. Id a cuidaros de sus equipajes—le ordenó con rencorosa entonación.

Roberto crispó las manos para ahogar su sed de insubordinación, y fué a cumplir la orden de la altiva Yolanda.

El tío del Conde era un gran amigo de la Corona, y sólo de cuando en cuando, sus muchas ocupaciones le proporcionaban el placer de visitar a sus familiares.

Al enterarse, el tío, al preguntar quién era el nuevo criado del Conde, al cual tenía delante de sí, con su equipaje, de que era Roberto de Vrissac, exclamó, en presencia del noble y de su hermana Yolanda y del interesado:

—¡Un Vrissac en esta casa! ¿Cómo puede consentirse esto?

Roberto hizo ademán de aprestarse a defender su apellido, pero el Conde mandóle que se retirase; y, para calmar a su tío, hubo de referirle lo sucedido:

—Me bati con él en París y me hizo la grave ofensa de perdonarme la vida...

—¡Qué usadía!

—...Yo salvé a su prometida, y Roberto de Vrissac juró entonces servirme fielmente por espacio de cinco años.

Yolanda había seguido con sin igual curiosidad el relato de su hermano, y el conocimiento de que Roberto era un valiente, un verdadero caballero, la llevó a dedicarle un pensamiento cariñoso. Pero... la noticia de que por su novia había aceptado ser criado de un enemigo... no fué, en verdad, de su agrado... aunque, acaso, no le disgustase saberla... La sonrisa que dibujaron sus labios era la clave de un impenetrable enigma...

El tío les manifestó:

—Estoy aquí de paso nada más. Voy a París, a arreglar el matrimonio del duque de Tours con mi hija, vuestra prima Dionisia.

—Buen partido para ella—comentó el Conde.

—Sí. Bueno, en efecto. Pero hay que luchar con graves dificultades, pues Dionisia está enamorada del joven Felipe de Vois, un gentilhombre tan arruinado como poderoso es el duque de Tours.

A Yolanda se le ocurrió una idea, que expuso a su tío sin titubeo alguno:

—Voy a aprovechar vuestra ausencia, río, para visitar a mi prima. Sin duda, en estas circunstancias, necesita el consejo de una mujer.

—¡Magnífico! Dionisia os agradecerá mucho vuestra amabilidad.

El Conde aceptó la partida de su hermana, y ésta fué a anunciársela a su hermanita Clara, que se hallaba con Roberto, escuchando de labios de éste la narración de una leyenda de caballeros.

—Y entonces, ¿sabéis lo que hizo el Príncipe al dragón?... —preguntaba en aquel momento Roberto a Clara.

—¿Qué hizo?... ¿Qué hizo?...

—Pues, se abalanzó a él, espada en mano, y le derribó, para salvar a su nuada.

—¡Oh, qué héroe! Debió parecerse a vos, cuando matasteis el lobo.

Yolanda escuchó silenciosamente el final de la leyenda de Roberto, y se anunció bruscamente al terminar éste la misma.

Roberto se hizo a un lado, esperando órdenes; y Clara parecía suplicar a su hermana, que no mandase al simpático criado lejos de ella.

—He venido a decir os, hermanita—le habló Yolanda—, que voy a visitar a nuestra prima Dionisia, en cuyo castillo quizá estaré algún tiempo.

Clara hizo un movimiento de disgusto, y Roberto

no pudo disimular un suspiro de satisfacción. ¡Oh! ¡Verse libre de la presencia de la altiva Yolanda! ¡Qué alivio!

Yolanda miró de soslayo a Roberto y no le pasó inadvertida la alegría que él experimentaba al enterarse de su marcha, para algún tiempo.

A su vez Yolanda sonrió, y continuó diciendo a Clara:

—Nuestro valiente Roberto de Vrissac formará parte de mi escolta. De este modo todos tendrán la seguridad de que no me ocurrirá nada desagradable.

Y había que ver a Roberto trocar su alegría por la más honda indignación...

Clara se lamentaba para sí de tener que verse privada, además de la de su hermana, de la compañía de Roberto, pero, por otra parte, le complacía, la tranquilizaba la idea de que con Roberto a su lado, Yolanda no tenía nada que temer. De buena gana sacrificaba su comodidad por la de su hermana mayor, en quien adoraba, correspondiendo al inmenso amor de ella.

Roberto permanecía inapacible al lado de las dos nobles señoritas, pendiente de las órdenes de Yolanda y Clara, llamándole a su lado, le dijo, indicándole que se prosternase delante de ella:

—Señor de Vrissac, supongamos que sois mi

caballero y que yo os ordeno proteger a mi hermana Yolanda contra el dragón.

Roberto se prestó, por Clara, a interpretar la escena de prometer a la niña el prestar protección en todo momento a Yolanda, y la parálitica, con gran ceremonia, le tocó en un hombro con la pureza de un lirio, nombrándole caballero y defensor de su hermana.

Yolanda contempló la ingenua acción de su hermanita, y sólo de pensar que Roberto no se separaría un momento de su lado durante su ausencia del castillo de su hermano, se le llenaba el alma de la más viva felicidad.



Mientras su tío se dirigía a París, disponíase Yolanda a emprender su viaje de visita a Dinastia.

El conde de La Roche hizo entrega de una espada a Roberto, haciéndole esta advertencia:

—Volvéis a llevar espada, señor, pero solamente la emplearéis en defensa de mi hermana. Roberto prometió, dispuesto a cumplir, agra-

decido, a pesar de los pesares, a aquella prueba de confianza en su caballeridad.

La carroza de Yolanda estaba esperándola. La escalta hallábase a punto de marcha detrás del coche. Sólo faltaba Roberto.

Disponíase Yolanda a subir al carruaje, despidiéndose, una vez más, de su hermano el Conde, y mandando nuevos besos, desde lejos, a Clara, que le decía adiós desde su lecho de plumas y sedas, y Roberto montaba ya su caballo, cuando la parálitica hizo señas a éste de que se acercase a despedirse de ella.

El Conde e Yolanda se miraron con mucha interrogación, y vieron, no con indiferencia, por cierto, como la niña, con infinito cariño, saludaba a Roberto, diciéndole, mientras éste, hincada su rodilla en tierra, le besaba la mano:

—He aquí mi amuleto, señor caballero: él os protegerá de los ataques del dragón.

El obsequio era una bolsita, que Roberto guardó religiosamente en un bolsillo de su jubón.

A poco, Yolanda y su escolta abandonaron el castillo.

* * * * *

En el pueblecito de Briège, como un pregón de su señoría, elevaba orgullosamente sus torres al cielo el castillo del vizconde de La Roche.

Dionisia, la hija del Vizconde y prima de Yolanda, acompañada, como siempre, de su preceptor, el padre Pablo, que favorecía sus amores con Felipe de Vois, se dirigía hacia el bosque para entrevistarse en él con su amado.

Este le estaba esperando ya, angustiada el alma.

No era Felipe de Vois un gentilhombre tan arruinado como decía el padre de Dionisia; sus propiedades, que lindaban con el castillo de Briège, tenían una extensión considerable.

Al verse, aquella tarde, los dos jóvenes, con la complicidad del sacerdote, díjole Dionisia al hombre que su corazón no olvidaría nunca:

—Esta es nuestra última entrevista, Felipe... Debo obedecer a mi padre, que me ordena casarme con el duque de Tours.

—Yo no podré renunciar a vos, mi bien! Os amo tanto, que no he de resignarme a perderos.

—Sed prudente, y considerad que no puedo rebelarme a la autoridad de mi padre.

Por la blanca cinta del camino avanzaba con ligereza la carroza que conducía a Yolanda, seguida de su escolta.

Yolanda asomóse a la ventanilla, para contemplar el paisaje inmediato al castillo, y Dionisia, que, con Felipe y el padre Pablo, dirigió sus miradas hacia los que llegaban en dirección a

la señorial morada, reconoció a su prima, alegrándose infinito de su visita.

Yolanda mandó detener la carroza, al reconocer a su vez a Dionisia, y se apeó de ella para recibir en sus brazos a su amada prima, que corría a su encuentro, seguida de su amado y de su preceptor.

—Yolanda!

—Dionisia!

—¿Qué buena sois, prima mía, viniendo a sacarme de mi tedio con vuestra agradable compañía!

—¿Deseabais, pues, que viniese?

—¡Oh, sí! ¡He de deciros tantas cosas!

Después de la vehemente bienvenida que le dió a su prima, Dionisia presentóle a su amado y al padre Pablo; y, luego, despidióse de ellos, echando de ver Yolanda en la despedida de su prima de Felipe, una gran amargura velada por tiernas sonrisas.

Y la altiva Yolanda, la que gozaba humillando a Roberto, no pudo menos de reconocer que era muy dulce amar, y que en amor los obstáculos no son más que alicientes para amarse con mayores bríos. ¡Ah! ¡Si alguien la amase así!

Dionisia e Yolanda subieron a la carroza, y al ponerse ésta en marcha de nuevo, hacia el castillo, que casi se tocaba, las dos primas se miraron

a las niñas, rompiendo a llorar la primera, ocultando su rostro sobre el pecho de la segunda, cuyos



Y la altiva Yolanda, la que gozaba humiliando a Roberto, no pudo menos de reconocer que era muy dulce amar...

ojos volviéronse hacia la escolta, a cuya cabeza iba, gallardo y sereno, Roberto...

Dionisia lloraba por su amor en peligro... y su prima, pensando en el dulce martirio del amor, se acordaba de Roberto...

Algunos días después, el castillo del vizconde de La Roche esperaba la visita del duque de Tours...

Precisamente, aquel día se presentaba en el castillo una persona inesperada: Andrés, el criado del señor de Vrissac.

Yolanda, avisada, recibióle.

Andrés entregó a Yolanda esta carta de su hermano:

Querida hermana:

El portador de estas líneas es el criado de Roberto de Vrissac. Deseo comunicarle a su señor la muerte de la señorita Margarita Mignon, su prometida, por lo cual espero le daréis todas las facilidades para efectuar su encargo.

Ojalá saluda cariñosamente a nuestro hermano

Carlos

Roberto, en aquellos momentos, simulaba un desafío a espada con uno de los hombres armados de la escolta de Yolanda. Con esa arma en la mano, Roberto de Vrissac, caballero o criado, se sentía otro hombre. Y prueba de su destreza dió a su adversario, arrancándole el acero en uno de los briosos asaltos, doliéndose el vencido del formidable golpe recibido y del que se resentía, por la violenta e ineficaz parada, su muñeca.

Advertido de que alguien deseaba verle en el salón del castillo—pues él estaba con los soldados en las bodegas—, Roberto se apresuró a ir a ver quién se interesaba por su suerte.

Yolanda le esperaba allí con el criado, para asistir a la escena de la comunicación de la noticia que trala éste, y observar el efecto que le producía al interesado.

Andrés saludó con reverencia a su señor, y procurando con rodeos prepararle el ánimo, le informó del suceso.

—Es triste la noticia que tengo que comunicaros, señor... Vuestra prometida, la señorita Mignon, ha muerto...

Roberto quedó mudo por la sorpresa, y aislóse en un rincón cerca de la monumental chimenea. Allí contempló un anillo que le diera Margarita, la querida desaparecida, y se despedía íntimamente, con verdadero pesar, de la que fué su amor...

Yolanda, que siguió en el salón nun después de haber salido de él el criado de Roberto, se acercó sigilosamente a éste, para no perturbar su melancolía, y pronunció al estar junto a él:

—No os necesitaré hoy; podéis retiraros.

Le tocó con una mano en el hombro, haciendo una ligera presión en el mismo, queriendo significar con ello que le afligía el dolor de él; y

salió de la pieza, dejándolo a Roberto solo con su tristeza.



Allí contempló un anillo que le diera Margarita, la querida desaparecida, y se despedía íntimamente, con verdadero pesar, de la que fué su amor.

Y al marcharse, Yolanda, a pesar de oponerse a ello, parecía felicitarse del rumbo que tomaban las cosas, en beneficio suyo...

Poco después, impidiendo a Roberto el perma-

accer en su habitación, llegó al castillo el duque de Tours con su escolta, acompañado del vizconde de La Roche, con sus hombres armados.

El Duque, noble y poderoso solamente por su nacimiento, era por sus acciones menos caballero que el último de sus vasallos.

Yolanda y Dionisia esperaban a los nobles caballeros en el salón, en el que ellos no taráron en presentarse.

Dionisia temblaba sólo de pensar que iba a ser presentada al duque de Tours, cuya apariencia de despota era manifiesta.

Yolanda, que no tenía nada que temer, estaba a la expectativa, y vio en el acto quien era el citaño noble. La mirada que el mismo le dirigió le causó un efecto muy desagradable, llevando a su ánimo la intranquilidad; y esa mirada fué seguida de un gesto, y este gesto fué el de acercarse el Duque a ella, apresuradamente, sonriente, galante, prescindiendo de la presencia de Dionisia, su futura, y decirle rendidamente como rudo:

—Vos, sin duda, sois Yolanda; ¿No es así, señorita?... ¡Por todos los Dioses del Olimpo, que los que me han alabado vuestra belleza se han quedado cortos!

La galantería no fué ni por asomo del gusto de Yolanda, que lo demostró, contestando a la

misma con un saludo hostil, en el que había reproche por la audacia cometida delante de Dionisia.



—*Por, en dada, sois Yolanda; ¿no es así, señorita?*

Mas el Duque era hombre de pocos escrúpulos y seguía en su pesado galanteo, el cual cortó bruscamente la llegada de un mensaje para el Vizconde, que obligaba a éste a tomar una rápida determinación.

—Necesito volver inmediatamente a París; el Rey me llama—dijo el Vizconde, en acabando de leer el parte.

Yolanda y Dionisia cambiáronse una mirada de contrariedad; en tanto que el Duque celebraba la circunstancia que le permitía quedarse solo, con las señoritas en el castillo.

Sin embargo, Yolanda contaba con la fidelidad de Roberto de Vrissac. Estando éste en el castillo, no había razón de temer a los lobos...

Andrés pudo comunicar a aquél, sin ser escuchado por nadie más:

—Tened en cuenta, señor, que Balis, el capitán de vuestras fuerzas, acampa aquí cerca, esperando solamente una orden de vos para intentar con éxito vuestro rescate.

La ocasión no se le podía presentar a Roberto más oportuna para la tentativa, pero él era un caballero y no podía permitirse una traición a sí mismo.

—Dile a Balis—contestó a su criado—que agradezco su intención, pero que no olvide mi lema: "Lo que los Vrissac deben, los Vrissac lo pagarán".

Aquella tarde partió para París el vizconde de La Roche, dejando el castillo en poder del duque de Tours y sus soldados.

Y durante la ausencia del Vizconde, Yo-

landa se creía obligada a vencer la repugnancia que el Duque le inspiraba, y salía con su prima y el noble a paseo a caballo por los alrededores, y no dejaba ni un momento a solas a Dionisia con su futuro esposo por voluntad paterna, ni se quedaba tampoco ella sola con el Duque ni la sombra de un instante.

Cierta tarde, regresando de un paseo al castillo, el lebré del Duque, tan cruel como su dueño, se ensañó con un lechoncillo con el que jugaba inocentemente un muchacho en su granja, situada junto al camino.

El niño cogió en sus brazos al puerquecillo y trataba de ahuyentar al perro, sirviéndose de sus pies, puesto que sus manos las tenía ocupadas en resguardar de las fauces del lebré al indefenso animalillo.

El Duque, que se reía del miedo del chico y de los ayes de temor de la madre, que, con un pecueñuelo en sus brazos contemplaba la escena, se enfureció al ver que el lebré era rechazado a puntapiés por el niño, y se aprió de su montura, blandiendo la fusta, y con ésta, alcanzando al muchacho le castigó por su legítima defensa.

Yolanda y Dionisia ahogaron un grito de horror, casi tan doloroso como el que exhaló la madre del rapaz, y la primera, no pudiendo contener su furia ante la brutalidad del Duque,

espoló su caballo hasta llegar junto al mismo, y con su látigo le cruzó la cara sin piedad.

El Duque, revolviéndose rojo de ira, estaba a punto de repeler la dura ofensa, pero al ver que era Yolanda quien se la había infringido, desarmóse instantáneamente; y disimulando su cólera, limitóse a decirle:

—Pegáis bien, Yolanda!... Pero, manos blancas, no ofenden...

Bien hizo el Duque tomando esta actitud humilde, por cuanto Roberto, que escoltaba, como en todo momento, a Yolanda, se disponía ya a salir en defensa de ésta, de manera muy perjudicial para el rudo aristócrata.

Prosiguieron el retorno al castillo los cabalistas, y al atravesar el bosque, una voz pronunció el nombre de Roberto, que iba un tanto rezagado de aquéllos.

No había mentido Andrés, el criado de Roberto: las tropas de su señor acampaban en las cercanías del castillo. Allí estaban, en el bosque, prevenidas para intervenir en cualquier tentativa que les aconsejase de Vrissac. La voz que llamó a Roberto era la de Balis, el jefe de dichas tropas.

Roberto se reunió con el bravo comandante de sus fuerzas, y antes de que él le saludase, le dijo:

—Balis, eres un hombre de honor y podrás

comprenderlo... He jurado... y un Vrissac no falta nunca a su juramento.

Y Balis, por toda respuesta, besó la mano de su admirable señor, que hubo de alcanzar con marchas forzadas a los que escoltaba.



A medida que las horas pasaban, el duque de Tours iba sintiéndose más a sus anchas en aquel castillo sin dueño.

La noche habíase enseñoreado de aquel rincón del mundo.

El Duque logró sorprender sola en el salón a Yolanda, y la hizo por segunda vez objeto de su galantería infame.

—Supongo que no me guardaréis rencor por el pequeño incidente de esta tarde. ¿verdad, señorita?

—He preferido olvidarme de ello, señor...

—No esperaba menos de vos. Porque vos y yo seremos tan buenos amigos. Yolanda, que ni mi matrimonio con vuestra prima podrá entibiar nuestra amistad.

El agravio era insufrible, pero la patente embriaguez del Duque dicó a Yolanda aguardar con prudencia el momento propicio para exigir una satisfacción a quien de tan grosero proceder daba pruebas.

Los soldados del Duque se divertían, en tanto, a su manera, en las bodegas del castillo, bajo la vigilancia de su jefe y de los criados de la casa.

María, una criada del Vizconde, y Juan, uno de los soldados del Duque, acostumbraban devanar por todos los rincones la madeja de su idilio.

Aquella noche, cuando ya se habían despedido los novios, María se tropezó con el Duque, y como éste trataba de abusar de ella, luchó con él, invocando el nombre de su amado para que acudiese en su auxilio.

Juan, que no había tenido tiempo de reunirse con sus camaradas, oyó las protestas de su novia, y presentóse de súbito ante el Duque, para librar de él a María.

El noble, airado por la intervención de un soldado en aquel asunto, le asestó una puñalada en el corazón, dejándole tendido allí mismo, sin un vestigio de vida.

A los gritos de María acudieron los restantes soldados, la servidumbre, el sacerdote y los castellanos, contemplando todos con horror al asesinado bañado en sangre.

El Duque justificó sin remordimiento su acción:

—¡Insultó al duque de Tours, y esa culpa se paga con la muerte!

La ola de venganza inundó uno por uno a los soldados; y acuciados por María, una vez el cuerpo del infeliz Juan trasladado a las bodegas y colocado encima de una mesa, todos juraban vengarle.

Fermin Gallón, el hermano del soldado muerto, fué quien encendió la tea de la venganza, pronunciando con el corazón roto de dolor e inquebrantable decisión:

—¡Por la sangre que corre por las venas de mi hermano, que es mi sangre, su asesino, Duque o no Duque, morirá a mis manos!

Las cosas se ponían feas, de mal en peor, y Roberto se creyó en el caso de avisar a Yolanda, para escapar a las iras de los soldados, prontas a desatarse contra los señores del castillo.

Yolanda estaba en su habitación, a la que el Duque, con bajos instintos, exacerbados éstos bajo el influjo del alcohol ingerido con exceso aquella noche, pretendiera entrar, impidiéndose la aparición de Roberto, que no le vió, pues retiróse rápidamente a su propia habitación.

Roberto enteró de lo que ocurría a Yolanda, y ésta llamó a Dionisia y al padre Pablo, y entre todos buscaron una solución.

Roberto aconsejó que lo mejor era no oponerse a los deseos de los soldados, en beneficio propio.

—La rabia los ciega y destruirán cuanto se oponga a su marcha—explicó gravemente—. Lo mejor será retirarnos a la torreilla y dejar que el Duque se las arregle como pueda.

El duque de Tours, alarmado por el rumor de pasos y voces que llegaba hasta su aposento, salió del mismo y escuchó, sin ser visto, lo que decían Roberto y los demás. Al oír que el criado de Yolanda proponía abandonarle a él a merced de sus hombres, se adelantó rápidamente a Yolanda, y, suplicante, le dijo, reflejado el pavor en sus facciones:

—¡Salvadme, por favor, Yolanda! ¡Me matarán! ¡Son ciento contra uno!

Yolanda, puesta la mano en su corazón, respondió:

—El Duque tiene razón. No podemos dejarle con esas furias.

—Tampoco podemos llevarlo con nosotros—la atizó Roberto—. Pondría en peligro la vida de los demás.

La situación era harto crítica, pero Yolanda, con firmeza y generosidad, pronunció su inapelable opinión:

—¡Basta de prudencia, Vrisac! ¡Yo tengo motivos para estar reserrida con el Duque, pero es el huésped de mi tío, y nuestro deber es protegerle! Que los que quieran se retiren a la to-

rrerilla. Los demás vayamos a la habitación de la escalera donde puede organizarse más sólidamente la defensa.

Nadie se negó a aceptar la decisión de Yolanda, y a poco, preparados, los hombres, excepto el Duque, para impedir la venganza de los soldados de éste, presentáronse los mismos dispuestos a todo por vengar la muerte de su camarada Juan Gallón.

En vista de la actitud de los criados del castillo y de los hombres fieles a la escolta de Yolanda, a la cabeza de los cuales se hallaba Roberto, adelantóse Fermín, el hermano del muerto, y díjoles:

—No tenemos intención de hacer daño a nadie. Solamente queremos que se nos entregue al duque de Tours, para castigarle como se merece.

Roberto contestó por los suyos:

—El Duque está en esa habitación... pero la señorita Yolanda ha ordenado que para llegar hasta él debéis pasar por encima de mi cadáver y del de mis compañeros.

Los soldados alcanzaron en los últimos peldaños de la escalera a los que se oponían a su venganza, separados de ellos por la barrera que se construyeron con amontonamiento de muebles; y se cruzaron los aceros impetuosamente.

El Duque temblaba en la habitación que de-

tendían los criados del castillo y los soldados de Yolanda, y su miedo iba en aumento ante los heridos que las mujeres tenían que auxiliar en dicha habitación.



El Duque temblaba en la habitación que defendían los criados del castillo y los soldados de Yolanda.

Sólo quedaban unos pocos hombres, entre ellos Roberto, haciendo frente a los numerosos soldados indignados del Duque, y todos ellos no habían podido escapar a alguna herida más o menos grave; pero no se movían de su sitio, ante el admirable ejemplo de valor de Roberto.

El sacerdote, en vista del cariz que tomaban las cosas, dijo a Yolanda, decidido a arriesgar la vida por la de sus semejantes:

—Si tuviera una cuerda, podría deslizarme hasta el tejado de abajo y pedir ayuda por estos alrededores.

Yolanda improvisó la cuerda necesaria con varias ropas aradas, y el cura cumplió su misión de ir a pedir socorro.

El Duque, aterrado por la idea de la muerte, que parecía inminente para él, agitábase jadeante y como loco en un rincón.

Yolanda, indignada del proceder del noble, que era un perfecto miserable, ofrecióle una espada, diciéndole con severidad:

—¡Si tanto cariño le tenéis a vuestra vida, cobarda, tomad esta espada y defendedla!

El Duque se negó a ello, más horroquizado todavía, y era de temer que sus soldados lograrían llegar hasta él, después de traspasar el corazón de Roberto y de los escasos combatientes que seguían en pie; pero quiso la fortuna que el sacerdote encontrase ayuda en los alrededores, y que ésta se presentase a tiempo, representada por Felipe de Vots, el amado de Dinisía, con sus hambres armados.

Yolanda, que había sufrido lo indecible mientras Roberto luchaba desesperadamente sin in-

portarle las heridas que había recibido, salió de la habitación en que estaban los cuidados y el



Yolanda improvisó la curra necesaria con varias ropas atadas, y el cura cumplió su misión de ir a pedir socorro.

Duque, para reunirsele, en el momento en que acababa de desplomarse contra la barandilla, sin fuerzas ya para continuar.

Llena de ternuras, Yolanda acarició al héroe,

creyendo que éste no la veía ni siquiera sentía, y en esta actitud de novia fué sorprendida, sin



— ¡Si tanto cariño le tenéis a vuestra vida, cobarde, tomad esta espada y defendedla!

ella verle, por el Duque, que regresó malhumorado a la habitación que le sirvió de plaza fuerte.

Roberto recobróse, y ante las caricias de Yolanda, creyó estar soñando.

Pero no, Yolanda le miraba a los ojos con infinita dulzura.

Roberto incorporóse, contempló unos momentos, con ardor, la última lucha que sostenían los

soldados de Felipe de Vois con los rebeldes del Duque, y ante el horror que vió pintado en el



Roberto incorporarse, contempló unos momentos, con ardor, la última lucha que sostenían los soldados de Felipe de Vois con los rebeldes del Duque; y.

rostro de Yolanda, la estrechó contra su pecho, lleno de emoción y amor, y olvidóse por un instante de su condición de criado.

Mas Yolanda no se desprendía de sus brazos,

mimosa, rendida su soberbia a los pies del Amor, y él, recordando de súbito quién era, trató de apartarse de ella, diciéndole, intensamente turbado:

—Perdonad... no me tratéis bien ahora, si habéis de humillarme después. No está bien hacer sufrir de ese modo... a quien os ama...

No pudo continuar. La debilidad en que le había dejado la gran pérdida de sangre, le hizo perder de nuevo el conocimiento, y cayó en los brazos de Yolanda.

En tanto, el Duque, al volver a la habitación en que estuvo escondido durante la ruda lucha, encontró en ella a Dionisia abrazada a Felipe de Vois, expresándose ambos de tan agradable manera la alegría que tenían de verse sanos y salvos; y el Duque, acercándose al galán, le dijo, no sin humildad:

—Os agradezco vuestra ayuda, señor, pero me permito recordaros que Dionisia es mi prometida.

Y separó a Felipe de la hija del Vizconde, como si realmente estuviese enamorado de ella.

Al día siguiente, defendidas sus espaldas por nuevos aceros, había olvidado el Duque todo síntoma de debilidad.

El jefe de su escolta presentóle a los hombres recién llegados al castillo para servirle.

—Es una banda de soldados ambulantes que he contratado en el pueblo vecino, para reemplazar a los que os han abandonado.

El Duque dirigió una mirada general a sus nuevos soldados, y regresó al salón del castillo.

Yolanda se encontraba junto a Roberto, en la habitación de éste, donde sanaba sus heridas.

En aquellos momentos, al ver cerca de ella a aquel hombre que tan noblemente la había defendido, comprendía Yolanda que en las cenizas de un gran odio puede florecer un gran amor.

Discretamente, Yolanda cogió el jubón destruido de Roberto, y aprestose a arreglárselo, al ver cuya intención, exclamó el herido, volviendo en sí:

—¡Cómo! ¡Arreglar vos mi jubón!... Pero, señorita...

—Por lo visto olvidáis, señor, que fué defendiendo mi vida como estropeásteis este jubón—replicó Yolanda.

Y he aquí que, al ir a coser un desgarró, en sus aposentos, Yolanda encontró en el forro del jubón una bolsita con unos rizos rubios dentro. El hallazgo la llenó de sorpresa y de celos. Ella ignoraba que su hermanita Clara era la protagonista de la historia ingénuca de aquellos rizos, y,

engañada por las apariencias, creyó que otra mujer ocupaba el corazón del hombre que empezaba a amar... Y, guiada por su orgullo de raza, se decidió a hacer un esfuerzo heroico para ahogar aquel primer amor de su vida.

Mientras tanto, el fiel Balis no abandonaba la causa de su señor... No andaba lejos... ¡Estaba en el castillo, con sus hombres! ¡Ellos eran los soldados contratados por el jefe de la escolta del Duque! Nadie lo sospechaba, pero Balis, por lo que pudiese ocurrir, enteró de su personalidad a uno de los fieles soldados de la escolta de Yolanda, que era un buen amigo de Roberto de Vrissac.

Por un momento había creído Roberto ver brillar el amor en los ojos de Yolanda, pero en aquellos instantes, después de varias horas de soledad, empezaba a creer que había sido víctima de una quimera. La buscó por el castillo, afanoso de encontrarla.

En tanto, Yolanda hablaba con Felipe de Vaüs en el exterior del jardín del castillo, junto a una puerta secreta, detrás de la cual, y a través de su mirilla, espía el Duque.

—¿Dónde está vuestro orgullo, Felipe? ¡De ningún modo debéis consentir que ese bárbaro se case con Dionisia!—decíale Yolanda al joven enamorado.

—¡Yo estoy dispuesto a todo para impedir semejante atropello!

—Pues bien. Tened preparado vuestro coche, y esta noche venid por la parte trasera del castillo. Yo cuidaré de que Dionisia os acompañe.

El Duque frotóse las manos de satisfacción y abandonó su observatorio...

A poca, Roberto encontraba a Yolanda en la puerta de su habitación.

—Señorita Yolanda, deseaba veros...

—¡Ah, sí! ¿Queríais preguntarme por vuestro jubón? Si, ya está cosido.

—Yolanda, ¿por qué huís de mí?

—¡Señor! Olvidáis, por lo visto, que aun sois un ciado.

Desconcertado, Roberto se apartó de su amada, y tratando de explicarse su brusco cambio con él, admitía que el odio era en ella más fuerte que el amor.

Llegó la noche. El Duque había hecho algunos preparativos para poner a la práctica un plan. No se opondría a la fuga de Dionisia con Felipe de Vois, puesto que Yolanda se quedaba en el castillo esperando el regreso del Vizconde, su tío. La ocasión era magnífica para él. Le interesaba que Yolanda se quedase sola, puesto que era a ella a quien amaba hasta el punto de aceptar la idea de hacerla su esposa.

El jefe de su escolta y algún que otro soldado de los antiguos, estaban al corriente de sus propósitos, y apenas Dionisia hubo abandonado el castillo, con su amado y su preceptor, despedida en la puerta del mismo por Yolanda, Roberto fué detenido por los secuaces del Duque, siendo conducido a presencia de éste, que se hallaba precisamente en la habitación que le sirviera de refugio cuando sus vengativos soldados pretendían castigarle.

Roberto, atado de pies y manos, fué sentado en un sillón, en espera de la sentencia que iba a dictar contra él el Duque.

—He decidido, señor de Vrissac, que la señorita Yolanda sea mi esposa—le dijo el cobarde.

Roberto hizo ademán de abalanzarse a él, mas no pudo hacerlo, por impedirsele sus ligaduras.

—Cuento con vos para obtener el sí. Tengo la seguridad de que Yolanda no negará nada, con tal de evitar se os cause la más pequeña molestia—prosiguió el Duque.

Luego, éste se dirigió al encuentro de Yolanda, a quien comunicó la falsa noticia siguiente:

—Vuestro criado Roberto acaba de tener una recaída... Parece que no son leves todas las heridas que recibió...

Alarmada, olvidándose de la bolsita de los rizos rubios, Yolanda siguió al Duque, y al llegar

a la habitación donde Roberto aguardaba su suplicio, ella ahogó un grito en su garganta al comprender, por la actitud del criado, de lo que se trataba. Además, a un lado de la pieza había un fuego en el que un esbirro ponía al rojo un hierro.

—Tranquilizaos. Al señor de Vrissac no le sucederá nada desagradable, si vos no queréis—le dijo el Duque, que añadió—: Ahora que Dionisia me ha hecho el gran favor de marcharse, puedo deciros, Yolanda, que mi mayor deseo es haceros mi esposa.

Yolanda se negó, horrorizada.

—Mirad la pequeña operación que sufrirá en los ojos vuestro criado, si os negáis a mis deseos—continuó el Duque señalándole el hierro al rojo dispuesto para quemar los ojos de Roberto.

Este, debatiéndose en su sitio, gritó:

—¡Señorita Yolanda, no os sacrificéis por mí! ¡Pensad en vuestra felicidad únicamente!

Yolanda miró sorprendida a Roberto, cuya alma era tan generosa para ella, y ante su vacilación el Duque exclamó:

—¡Basta! Si no aceptáis, Vrissac quedará ciego.

Yolanda no pudo consentir semejante crimen, y aceptó ser la esposa del cobarde Duque; pero la intervención de Balis, el jefe de la escolta de

Roberto, con sus hombres, que se enteraron de todo, impidió que el Duque triunfase impunemente.

Fueron desarmados los esbirros del cobarde noble, y Roberto dirigió una suplica a Yolanda para batirse con el miserable ingrato:

—Por una vez os pido que me permitáis desobedeceros, señorita Yolanda. ¡Caballero o criada, no puedo olvidar que soy un Vrissac!

Marcháronse todos de la habitación, y el Duque y Roberto cruzaron sus aceros, temblando el primero, pues le constaba que su adversario era muy hábil en el manejo de la espada.

El lance era duro, y en lo mejor del combate, que Yolanda, fuera de la habitación, estuvo tentada varias veces de ir a impedir que continuase, temiendo por la vida de Roberto, deteniéndola Balis, presentóse ante los duelistas una mujer blandiendo un puñal. Era Maria. La muerte de Juan Gallón había perturbado sus facultades mentales, y la dominaba la obsesión de dar su merecido al Duque.

Roberto vió la intención de la mujer, pero antes de que su brazo la detuviese, el puñal que ella llevaba dejaba sin vida al Duque.

Al salir de la habitación, Roberto dijo a sus amigos, y a Yolanda, que daba gracias al Cielo por devolvérsele vivo.

—Una mujer me ha privado del placer de vengarme.

Y Maria, riéndose dolorosamente, atravesó aquella parte del castillo, dejando a todos sorprendidos.

Yolanda dijo a Roberto:

—Vamos a volver a La Roche en seguida. Si queréis, ordenad a vuestros hombres que me presten escolta.

Roberto aceptó, y después de varios días de viaje, en los cuales Roberto había ascendido de humilde criado a jefe de escolta, por fin Yolanda se halló a la vista de los muros de su castillo.

Roberto despidióse entonces del jefe de sus soldados.

—Aquí—le dijo—se separan nuestros caminos, Balis. Vuelve a Vrissac, mientras yo sigo interpretando hasta el fin mi papel de criado.

Y los dos hombres se separaron, emocionados uno y otro.

Después de su regreso al castillo, el orgullo de Yolanda luchaba en vano por ahogar la llama de amor que ardía en su corazón.

Necesitando confiar a alguien la admiración

que sentía por Roberto, Yolanda refirió a su hermano, que no dejó de comprender la verdad, la admirable conducta del digno criado, y suplicó para él que, en pago de sus excelentes servicios, le relevase de su juramento y le devolviese la libertad.

El conde de La Roche accedió a los deseos de su hermana, y le rogó que le mandase a Roberto.

Este se hallaba en el jardín en amable charla con Clara, que no cabía de gozo al volver a tenerle a su lado.

Cuando Yolanda se unió a ellos, Clara decía a Roberto:

—¿Dónde está mi amuleto?

—Ha desaparecido... no puedo explicarme cómo, pero lo cierto es que ha desaparecido.

Yolanda recordó la bolsita de los rizos que atribuyó a una mujer amada por Roberto, y dijo a su hermanita:

—¿Cómo era ese amuleto?

—Era un mechón de cabellos de mi muñeca—contestó la niña—. ¿Por que me lo preguntáis, hermana?

—Por nada... por nada...

Roberto vió la turbación de Yolanda, y ésta, para no venderse demasiado con su emoción, le avisó que el Conde deseaba verle.

A poco, los dos enemigos por odio hereditario, encontrábanse frente a frente.



—Esa un mechón de cabellos de mi madre. ¿Por qué me lo preguntáis, hermano?

La nobleza de Roberto desarmaba al Conde. El odio empezaba a esfumarse en su corazón.

—Señor, la noble defensa que en varias ocasiones hicisteis de mi hermana, me coloca en la situación de demostraros mi inmensa gratitud, y como prueba de ello me apresuro a relevaros de vuestro juramento. Estáis libre, señor.

La libertad no parecía muy grata a Roberto,

puesto que su corazón quedaba preso en el castillo.

El Conde, observándolo en silencio, se percató de que el mismo sentimiento que había descubierto en Yolanda era el que turbaba a Roberto, y le dijo, sintiendo afecto por el que siempre fue su enemigo:

—Permitidme una última orden... Tened la bondad de informar a mi hermana Yolanda de mi decisión. Está en el jardín. Vedla. Parece que una tristeza muy honda la aflige...

Roberto reunióse con Yolanda, y reprimiendo a duras penas su amargura por la forzosa separación, le reveló lo que había decidido el Conde en premio a su fidelidad.

Yolanda deseaba que Roberto no pudiese contener la declaración del amor que él sentía por ella, y para ayudarle, dejó caer al suelo una cinta. Roberto recogió esta cinta, la besó sin que ella le viera, o fingiendo no verle, y escondióse la en el jubón.

Iba a partir Roberto, sin declararse, pero Yolanda le detuvo para decirle:

—¿Puedo rogaros que me devolváis la cinta que se me había caído, señor?

Su voz temblaba. Sus miradas se cruzaron. Roberto no titubeó más, y estrechando a Yolanda en sus brazos, le dijo rozando sus labios:

—¡Yolanda mía! ¡Os amo! ¡Os amo!
¡Vos sois mi vida!

Y ella se abandonó a su ilusión...

Mientras el Conde sonreía observándoles detrás de una ventana, y Clara palmoteaba en su lecho de plumas y sedas...

FIN

COLECCIONE USTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TÍTULOS SON
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de París. — El Corsario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El milagro de los lobos. — «París...!» — Venganza de mujer.

Precio de cada libro:
UNA PESETA

Teresa de Uberville. — Maciste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el bofetón. — Rómulo. — Janice Meredith. — El Fantasma de la Ópera. — El trono vacante. — El Caid. — Madame Sans-Gêne. — América. — Cuando las mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más fuertes que su amor. — Ella... — Demasiadas mujeres. — Nobleza baturra

CENIZAS DE ODIO

Precio: **50 cts.**

Próximos números: **Rodolfo Valentino, Pola Negri, Rod La Rocque**, etc.

¡LO MEJOR DE LO MEJOR!

¡Sea usted coleccionista de L. G. P.!

IMPORTANTE

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirá depósito en todos los quioscos y librerías de España.

¡¡ Es, pues, el momento de completar las colecciones !!

IMPORTANTE

A los corresponsales

Con el fin de que puedan comentar a los dos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarlos momentáneamente descendidos, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE
LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbería, 16, Bar-
celona; Ferraz, 21, Madrid; Ferrocaril, 20,
León.

23

